

LA CRISIS DEL COMUNISMO EN EUROPA OCCIDENTAL: ENTRE EL EUROCOMUNISMO Y EL COLAPSO DEL BLOQUE SOVIÉTICO

SALVADOR FORNER MUÑOZ

Universidad de Alicante
salvador.fornier@ua.es

HEIDY SENANTE BERENDES

Universidad de Alicante
HC.Senante@ua.es

(Recepción: 17/02/2014; Revisión: 10/11/2014; Aceptación: 19/01/2015; Publicación: 18/05/2015)

1. EUROCOMUNISMO Y PROSOVIETISMO.—2. LAS CAUSAS DEL DECLIVE.—3. LA *PERESTROIKA* Y EL COMUNISMO EUROPEO.—4. DESPUÉS DE LA CAÍDA.—5. LA PERVIVENCIA DEL COMUNISMO: CONCLUSIONES A MODO DE EPÍLOGO.—6. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

En este artículo se exploran las causas del declive de los partidos comunistas de Europa occidental desde el supuesto de que el mismo se produjo en una situación previa de crisis, anterior a la caída del Muro, que se agudizó con el colapso de los Estados comunistas, y tuvo muy distintos efectos debido a la distinta trayectoria histórica de los diversos partidos nacionales en relación con la Unión Soviética. Se analizan también las distintas respuestas ideológicas y organizativas dadas por las formaciones comunistas occidentales ante la pérdida del referente soviético y la relevancia que para la orientación política de estas tuvo su ubicación en los sistemas de partidos nacionales. Se extraen finalmente las conclusiones relativas a las causas y principales rasgos de la configuración de una nueva izquierda anticapitalista europea en la que han quedado en gran parte subsumidos los antiguos partidos comunistas.

Palabras clave: comunismo; eurocomunismo; nueva izquierda europea; integración europea.

THE CRISIS OF THE COMMUNISM IN WESTERN EUROPE:
BETWEEN THE EUROCOMMUNISM
AND THE COLLAPSE OF THE SOVIET BLOCK

ABSTRACT

In this article we analyze the reasons of the decline of the communist parties of western Europe under the supposition that this decline took place in a previous situation of crisis, prior to the fall of the Wall of Berlin, which was sharpened by the collapse of the communist States, and had very different effects due to the different historical path of the diverse national parties in relation with the Soviet Union. We also analyze the different ideological and organizational answers given by the communist western formations to the loss of the Soviet model, and the relevancy that its location in the systems of national parties had in the political orientation of this formations. Finally we extract the conclusions relative to the reasons and principal features of the configuration of a new anticapitalist European left that includes the former communist parties.

Key words: communism; eurocommunism; new european left; european integration.

* * *

La caída de los regímenes comunistas de la Europa del Este y de la Unión Soviética entre 1989 y 1991 suele inscribirse en el proceso mundial de democratización iniciado durante la década de 1970 con los cambios democráticos de los países europeos meridionales –Grecia, Portugal y España– y continuado durante los años ochenta del pasado siglo en América Latina y Asia Oriental. Esa tercera ola de democratización, denominación utilizada por Huntington (1) para englobar el proceso de transformación hacia la libertad política y económica de la antigua URSS y de los países europeos de la órbita soviética (2), reviste, sin embargo, unas peculiaridades propias, muy diferenciadas de las de otros procesos democratizadores: tanto por la propia naturaleza de los regímenes comunistas cuanto por las consecuencias externas de todo orden derivadas del colapso del sistema soviético. Dichas consecuencias resultaron de especial relevancia en la nueva situación política abierta en Europa desde el año 1989: caída del Muro, reunificación alemana, descomposición

(1) HUNTINGTON (1991). Para un cuestionamiento de dicha interpretación: cf. SABORIDO (2011): 259 y ss.

(2) Las transformaciones democráticas de los antiguos Estados comunistas europeos y de los resultantes de la desmembración de la URSS han tenido muy distintos grados de intensidad: desde democracias homologables a las de Europa occidental hasta regímenes autoritarios o semiautoritarios. *Vid.* KITSCHOLT (1999): 14 y ss.

del bloque del Este, desaparición de la Unión Soviética y desarrollo del proceso de integración comunitaria hacia una ampliación sin precedentes de la Unión Europea.

El impacto político e ideológico de la crisis del comunismo en la Europa del Este y en la URSS resultó especialmente significativo en el caso de los partidos comunistas occidentales originando la desaparición o transformación de estos y una recomposición de la izquierda europea derivada de la búsqueda de nuevas señas de identidad por parte del antiguo movimiento comunista. En este artículo se exploran de forma sintética las causas del declive de los partidos comunistas de Europa occidental (3) desde el supuesto de que este se produjo en una situación previa de crisis, anterior a la caída del Muro, que se agudizó con el colapso de los Estados comunistas, y tuvo muy distintos efectos debido a la distinta trayectoria histórica de los diversos partidos nacionales. La división de estos en su actitud hacia la Unión Soviética, manifestada en la aparición del denominado eurocomunismo, se revela como un factor importante en las mutaciones y transformaciones del comunismo occidental durante el periodo de reformas políticas e ideológicas introducidas en la URSS por Mijaíl Gorbachov en la segunda mitad de la década de 1980, que precedieron a la implosión del bloque comunista. Se analizan también las distintas respuestas ideológicas y organizativas dadas por las formaciones comunistas occidentales ante la pérdida del referente soviético y la relevancia que para el futuro político de dichas formaciones tuvo su ubicación en los sistemas de partidos nacionales. Se extraen finalmente las conclusiones relativas a las causas y principales rasgos de la configuración de una nueva izquierda anticapitalista europea en la que han quedado en gran parte subsumidos los antiguos partidos comunistas.

1. EUROCOMUNISMO Y PROSOVIETISMO

La identificación total de los partidos comunistas occidentales con la política soviética, que había marcado la orientación del movimiento comunista desde sus inicios (4), comenzó a resquebrajarse para algunos de ellos, especialmente el Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Comunista de España (PCE), desde finales de la década de 1960 (5). La invasión soviética de Checoslovaquia en el verano de 1968 constituyó el punto de partida de un distanciamiento de ambas formaciones políticas respecto a la URSS que no implicaba, sin embargo, un cuestionamiento de los fundamentos del denominado «socia-

(3) Se utiliza el término occidental con una significación geoestratégica, incluyéndose también el caso de Grecia.

(4) *Vid.* FURET (1995): 531-533.

(5) Para la trayectoria del comunismo español en los años setenta *vid.* DI GIACOMO (2010): 461-494. Para el comunismo italiano durante dichos años: DI GIACOMO (2011): 173-206.

lismo realmente existente» (6). Se trataba tan solo de una afirmación de la independencia de actuación de cada partido nacional en el seno del movimiento comunista que, en palabras del líder comunista español Santiago Carrillo, debía permitir una autonomía en la dirección política de cada Estado «en el seno de una más amplia democracia socialista» (7). Los comunistas italianos llegaban algo más lejos: en el XII Congreso del PCI celebrado en 1969 su secretario general, Enrico Berlinguer, se pronunciaba no solo a favor de la autonomía organizativa y política de los comunistas frente a Moscú sino también a favor «de la plena autonomía de juicio para el análisis de la realidad de la Unión Soviética y de los países socialistas» (8).

Las posiciones italianas y españolas, críticas con la existencia de cualquier centro dirigente, afectaban a la denominada doctrina Brezhnev, anunciada por el dirigente soviético tras la invasión de Checoslovaquia por tropas del Pacto de Varsovia como fundamento teórico de dicha intervención militar. Según dicha doctrina, la preservación de la denominada «solidaridad socialista internacional» justificaba la injerencia en los asuntos internos de cualquier país socialista si sus políticas podían poner en peligro el régimen comunista. Las divergencias iniciales del PCE y del PCI con la política oficial de la URSS se circunscribían por tanto al ámbito de las relaciones internacionales en el seno del movimiento comunista (9), pero en nada cuestionaban de momento los rasgos totalitarios de «la construcción del comunismo», como bien prueba el hecho de la sintonía de ambos partidos, especialmente el PCE de Santiago Carrillo, con el régimen de la Rumanía de Ceausescu –quizá el más despótico de todos los países comunistas europeos– motivada por el hecho de ser el único dirigente del bloque del Este que adoptaba posiciones relativamente independientes frente a Moscú (10).

Otros partidos occidentales más dóciles a la URSS, como el entonces potente Partido Comunista Francés (PCF) o los todavía ilegales partidos comunistas de Grecia y Portugal, pasaban de puntillas sobre el intervencionismo soviético cuando no se alineaban incondicionalmente, como en los viejos tiempos de la

(6) El debate sobre la invasión de Checoslovaquia en los partidos comunistas italiano, francés y español en: PALA y NENCIONI (2008).

(7) YAGÜE (1977): 64.

(8) *L'Unità*, 16 de febrero de 1969. La posición en aquellos años de los comunistas italianos sobre el «policentrismo» del movimiento comunista internacional en: ALLUM (1970): 22-25.

(9) *Vid.* LEVESQUE (1987): 141 y ss.; BELL (1979): 48 y ss.; LANGE y VANNICELLI (1981): 342 y ss. Los planteamientos críticos hacia la Unión Soviética de algunos partidos occidentales proporcionaban a estos, dado que esa crítica no suponía la ruptura de los lazos con el bloque soviético ni con los «partidos hermanos» de los regímenes comunistas, cierta relevancia internacional, en el marco del periodo de distensión de la Guerra Fría, como posibles mediadores entre Oriente y Occidente. *Vid.* el trabajo colectivo coordinado por BAUERKÄMPER y DI PALMA (2011).

(10) Podría decirse que, para la consecución del «policentrismo», dichos partidos practicaban una especie de *realpolitik* en el seno del movimiento comunista internacional; *vid.* para el caso rumano: GILBERG (1980): 185-199. Sobre el marcado carácter represivo del régimen de Ceausescu: DELETANT (1995): 68-106 y 322-385.

Komintern, con cualquier política que emanase del centro dirigente. Como consecuencia de ello el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) mantuvo durante la era Brezhnev unas relaciones de privilegio con dichos partidos y no escatimó las críticas a los partidos que adoptaban una línea de independencia, llegando a promover incluso maniobras de intromisión en la vida interna de los mismos (11).

El distanciamiento entre partidos críticos y prosoviéticos y el alejamiento de los primeros con respecto al PCUS se agudizaron durante la segunda mitad de la década de 1970 como consecuencia del desarrollo del denominado «eurocomunismo». Dicho término había sido acuñado por la prensa internacional fuera del ámbito comunista pero, aunque con reparos iniciales, fue adoptado posteriormente con complacencia por el PCE y el PCI, y algo más reticentemente por el PCF (12). En la Conferencia de Partidos Comunistas celebrada en Berlín en el verano de 1976 (13) se pusieron ya de manifiesto las coincidencias entre una serie de partidos comunistas que se adscribían a esa nueva tendencia caracterizada por postular la «independencia de cada partido comunista» respecto de «todo centro dirigente internacional y para escoger libremente su vía y su modelo de socialismo» (14). Junto a ello, y mediante distintos planteamientos estratégicos –que iban desde la denominada «democracia avanzada» del PCF a la denominada «democracia política y social» del PCE (15) pasando por el «compromiso histórico» del PCI– (16) se postulaba el tránsito de la propiedad capitalista a la propiedad social mediante la profundización de la democracia y de las libertades individuales (17).

Aunque el eurocomunismo no llegó a dejar un cuerpo doctrinal ni dispuso de una estrategia común, su impacto en el seno de la izquierda fue considerable (18). Durante los años setenta del pasado siglo, y asociado al fenómeno

(11) Tal fue el caso de la financiación del grupo prosoviético liderado por Cossuta en el seno del PCI. También el apoyo a la escisión del grupo del histórico dirigente del PCE Enrique Líster en 1973.

(12) Sobre la ambigüedad del comunismo francés en la vía eurocomunista: BUTON (2011): 12-22.

(13) El análisis de la Conferencia de Berlín desde la perspectiva «eurocomunista» en: CARRILLO (1976): 31 y ss.; el análisis de la Conferencia desde la perspectiva soviética en: ZAGLA-DINE (1977): 27 y ss.; la intervención de Berlinguer en: BERLINGUER (1976): 59-70.

(14) Vid. DÖRR (2013): 255-270.

(15) Vid. SÁNCHEZ RODRÍGUEZ (2004): 231-244.

(16) Las propuestas del comunismo italiano a mediados de la década de 1970 en: BERLINGUER (1976): 3-45. La denominada «democracia político-social» del PCE en: «Manifiesto Programa del PCE aprobado en 1975», *Nuestra Bandera. Revista de debate político*, n.º 2003-2004, vol. I-II, pp. 84-96.

(17) Los planteamientos de los distintos partidos eurocomunistas, a través de discursos, entrevistas e informes de algunos de los máximos dirigentes de los partidos comunistas de Europa occidental, en: DELOGU (1977). Véase también: TIMMERMANN (1979).

(18) La Internacional Socialista, cuyo decimotercer congreso se celebró pocos meses después de la Conferencia de Berlín, se hizo eco, en palabras de su nuevo presidente Willy Brandt, del

eurocomunista, se produjo un auge del comunismo occidental que hacía presagiar cierta convergencia futura con la socialdemocracia, e incluso un desbordamiento de la misma en algunos países, derivada de la apuesta por la vía democrática y del distanciamiento de la política soviética. Pero dicho auge resultó muy efímero ya que se desvaneció durante los años ochenta (19) en los que se inició un ascenso de la socialdemocracia y un progresivo declive de los partidos comunistas al que no pudo poner freno la estrategia eurocomunista, quizá como consecuencia de las contradicciones de su propio discurso político (20).

La apuesta democrática eurocomunista presentaba, en efecto, una evidente contradicción interna. Si por un lado planteaba la exigencia de ligar el tránsito a una sociedad socialista con la profundización de la democracia y de la libertad política, por el otro mantenía los vínculos ideológicos con la Unión Soviética y los restantes regímenes comunistas en los que ambas eran inexistentes y en los que los derechos humanos sufrían flagrantes violaciones. La única solución posible a dicha contradicción era la expectativa, apuntada ya por Berlinguer desde 1969 (21), de que dichos regímenes, que habían logrado una base económica estatalizada, democratizasen su «superestructura política». Se trataba en definitiva, según Santiago Carrillo, de que los Estados socialistas, que habían suprimido la propiedad capitalista, realizasen las transformaciones políticas necesarias para acceder a un «socialismo evolucionado» y convertirse en auténticas «democracias obreras» (22). Esa posibilidad se presentaba, no obstante, muy lejana a finales de la década de 1970 y primeros años ochenta. Más bien se estaba produciendo un endurecimiento de la política soviética y de sus desig-nios expansionistas como mostraban la intervención en Afganistán en 1979 o el golpe del general Jaruzelski en Polonia de 1981, instigado por Moscú, que puso fin al proceso reformista iniciado en dicho país. Ambos acontecimientos hicieron más grande la brecha que ya separaba del PCUS a los partidos español e italiano y a otros pequeños partidos de Europa occidental de tendencia eurocomunista (23). En una resolución del 29 de diciembre de 1981, la dirección del PCI condenaba tajantemente el golpe militar en Polonia y la imposición del modelo soviético en el Este europeo considerando que la existencia de los bloques no debía «sofocar el derecho a la libertad, a la independencia y al cambio

viraje que parecía producirse en un sector del movimiento comunista apuntando las expectativas que se abrían con el mismo. Vid. «13.º Congreso de la Internacional Socialista. Ginebra 26-28 de noviembre de 1976», en *Nueva Sociedad*, n.º 28, enero-febrero de 1977, pp. 123-140. Sobre la repercusión del eurocomunismo en la socialdemocracia alemana vid. DÖRR (2012): 221-223.

(19) Antes de la caída del Muro, el eurocomunismo era ya un capítulo cerrado. Vid. BÄUERLEIN (1992): 653-662.

(20) Una síntesis actualizada sobre la periodización, desarrollo y significado histórico del eurocomunismo en DÖRR (2014). Véase también LAZAR (2011): 59-66.

(21) *L'Unità*, 16 de febrero de 1969.

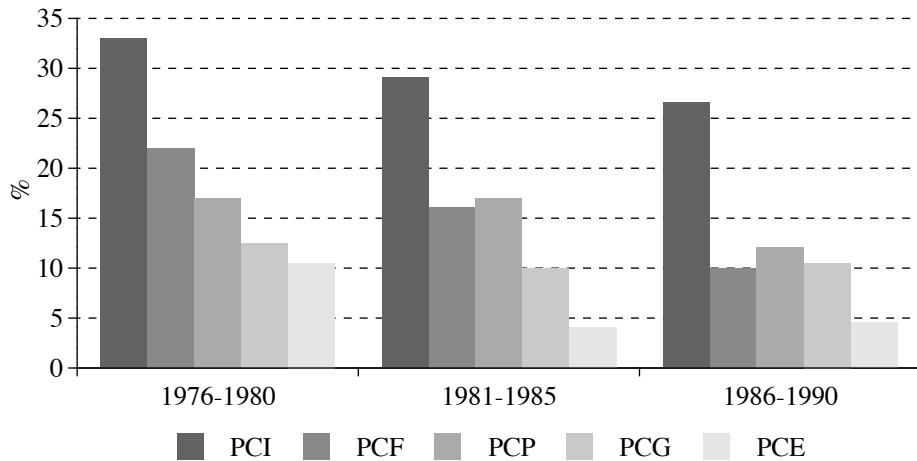
(22) CARRILLO (1977): 207-209. Vid. TREGLIA (2011): 26 y ss.

(23) La postura del PCF resultaba mucho más ambigua, llegando a apoyar incluso la intervención soviética en Afganistán.

social y político» y que se había producido el «agotamiento de la fuerza impulsora de la Revolución de octubre» (24).

Pero el eurocomunismo, como ya se ha apuntado, parecía haber agotado también su impulso inicial a comienzos de la década de 1980. El PCI, que había conseguido sus más altas cotas de respaldo electoral en 1976, año en cuyas elecciones logró alcanzar el 34,37 por ciento de los votos, iniciaba en las elecciones de 1979 una progresiva pérdida de sufragios que se prolongó hasta las elecciones de 1987. El PCF, que había mantenido invariablemente en años anteriores porcentajes de voto siempre en torno al 20 por ciento, se desplomó a partir de las elecciones de 1981 hasta perder prácticamente la mitad de su electorado en las elecciones de 1988. La crisis fue todavía más intensa en el caso de los comunistas españoles. Tras su legalización, el PCE había obtenido en las elecciones de 1977 y 1979 porcentajes de voto en torno al 10 por ciento pero en las de 1982 y 1986 cayó a porcentajes del 4 por 100 obteniendo una ínfima representación parlamentaria (25). Los partidos de tendencia prosoviética, como el griego o el portugués, acusaban también una pérdida de votos al final de la década de 1980 pero en general, aunque con algunas coyunturas desfavorables, su respaldo electoral sufría un menor deterioro.

Evolución del voto comunista (porcentaje medio de los distintos resultados electorales por partido para cada periodo)



Fuente: DE WAELE, J. M. y SEILER, D. L., *Les partis de la gauche anticapitaliste en Europe* (2012): 70-73.

(24) *L'Unità*, 30 de diciembre de 1981.

(25) Sobre el agotamiento del eurocomunismo: AZCÁRATE (1982): 291-317. Para el caso español: LOVELACE (1982a): 45-50.

2. LAS CAUSAS DEL DECLIVE

El declive comunista a lo largo de la década de 1980 respondía a causas muy diversas, en las que se entrecruzaban factores específicos de crisis organizativas internas de los propios partidos –especialmente en el caso del PCE– (26) con otros derivados de la evolución del sistema de partidos y de las políticas de alianzas –de especial relevancia en el caso del PCF tras su participación subordinada en el gobierno socialista de Pierre Mauroy de 1981, bajo la presidencia de Mitterrand– (27) o el agotamiento de propuestas estratégicas, como era el caso del compromiso histórico de los comunistas italianos, seriamente afectado por el asesinato en 1978 de Aldo Moro, el interlocutor privilegiado de Enrico Berlinguer para la posible consecución de dicho acuerdo (28).

Pero más allá de dichos factores singulares, el inicio del declive de los partidos comunistas de Europa occidental debe englobarse en el marco de una crisis más amplia en la que pueden distinguirse dos vertientes. La primera de ellas, de carácter más estructural, se relacionaba con las transformaciones sociales y económicas de los países occidentales, que a finales de la década de 1970 estaban dando paso a la denominada sociedad posindustrial. La terciarización de la economía erosionaba el papel central de la producción industrial debilitando el respaldo tradicional de los partidos comunistas, de base fundamentalmente obrera y muy condicionados por su carácter de clase para poder captar electoralmente a los nuevos sectores económicos (29). La segunda se relacionaba con la situación de los regímenes comunistas «realmente existentes», que evidenciaba los desastrosos resultados económicos de la planificación socialista y el deterioro del nivel de vida de las poblaciones de los Estados socialistas. Dicho balance, al mostrar los perniciosos efectos económicos de la estatalización, afectaba a la imagen de los partidos comunistas occidentales y debilitaba también los planteamientos habituales, marcadamente intervencionistas, del conjunto de la izquierda europea y al propio modelo de crecimiento al que había dado origen el denominado «consenso socialdemócrata» de la posguerra.

En los años veinte del pasado siglo, Ludwig von Mises se había referido a una previsible inviabilidad del socialismo al considerar que resulta imposible el cálculo económico sin el mecanismo de fijación de precios derivado de la

(26) Sobre la crisis interna del PCE producida por el enfrentamiento entre «oficialistas» y renovadores: VEGA y ERROTETA (1982). *Vid.* LOVELACE (1982b): 27-33.

(27) Los comunistas franceses participaron con 4 ministros de un total de 44. Las consecuencias negativas de la política económica de signo intervencionista emprendida por el gobierno Mauroy motivaron un cambio de rumbo de dicha política en 1984 lo que originó el abandono del gobierno por parte de los ministros comunistas. *Vid.* COURTOIS y ANDOLFATTO (2008): 91 y ss.

(28) Para un análisis de la peculiar estrategia berlingueriana, como una vía italiana autárquica al socialismo, *vid.* GUIO (2011): 49 y ss.

(29) *Vid.* DE WAELE y VIEIRA (2012): 50.

existencia del libre mercado (30). En 1974 el discípulo de Mises, Friedrich Hayek, fue galardonado con el Premio Nobel de Economía saliendo así del ostracismo al que había sido sometido desde la posguerra en medios políticos e intelectuales y en el *mainstream* académico. Hayek había planteado tempranamente (31) los riesgos del dirigismo y de la invasión por parte del Estado de la vida social y económica, alertando sobre las negativas consecuencias de la planificación centralizada, la nacionalización de los medios de producción y el creciente intervencionismo estatal que, basándose en parte en las exigencias excepcionales de estatización del periodo bélico, iban a constituir precisamente elementos esenciales de las políticas económicas de los primeros decenios de la posguerra.

La evolución económica durante los años que siguieron al choque petrolífero de 1973, en los que se desarrolló una crisis sin precedentes desde el final de la guerra, parecía dar progresivamente la razón a los planteamientos favorables a la liberalización económica, al tiempo que entraban en declive algunos postulados keynesianos relativos al gasto público y al intervencionismo estatal. Ese desgaste del paradigma económico hasta entonces dominante no tardó en llegar a la esfera política, hasta el punto de convertirse Friedrich Hayek en uno de los mentores intelectuales de la denominada revolución conservadora o neoliberal que encabezaron Ronald Reagan en EE.UU. y Margaret Thatcher en Gran Bretaña durante la década de 1980.

La reacción de amplios sectores de la izquierda contra ambos dirigentes, especialmente en el ámbito comunista, alcanzó grandes proporciones. Dicha reacción no obedecía solo a los contenidos sociales y económicos de sus políticas sino también al giro que imprimieron en las relaciones entre los dos bloques, abandonando la estrategia de *détente* de la década anterior (32), lo que se contemplaba como un factor de desestabilización para una URSS incapaz de hacer frente a los nuevos retos de la carrera armamentística. Pero, a pesar de las acusaciones de regresividad que se lanzaban desde dichos sectores contra las reformas liberalizadoras emprendidas por Reagan y Thatcher, estas llegaron a obtener un respaldo social mayoritario, especialmente cuando, transcurrido algún tiempo, comenzaron a surtir efecto positivo para el crecimiento económico y la disminución del paro. Consecuentemente, a medida que se percibía el agotamiento de los modelos intervencionistas y planificadores en las democracias occidentales, la imagen del «socialismo realmente existente» en la Unión Soviética y en las «democracias populares» del Este –versión extrema del estatismo económico– sufría también un progresivo deterioro ante la opinión pública que calaba incluso en los sectores de población que constituían el respaldo social tradicional de la izquierda traduciéndose en pérdidas sensibles del apoyo

(30) VON MISES (2009): 120-129.

(31) HAYEK (1944).

(32) Cf. PAYNE (2005): 105-112.

a los partidos comunistas de Europa occidental. El caso de China resultaba también paradigmático del fracaso económico del comunismo. A finales de 1978 Deng Xiaoping iniciaba el camino de las profundas reformas hacia la privatización y la economía de mercado con las que el país iba a dejar atrás, mediante la vuelta al capitalismo, una oscura época de desastrosas colectivizaciones, hambrunas y deterioro del nivel de vida.

En el plano político, la percepción de la naturaleza dictatorial de la Unión Soviética y de las «democracias populares» se intensificó también como consecuencia de una mayor visibilidad de la disidencia y de los movimientos internos de oposición (33). La firma de los acuerdos de Helsinki en 1975 por los gobiernos del bloque soviético, que incluían el respeto a los derechos humanos, sirvió para dinamizar a los grupos de la oposición democrática, que podían encontrar en dichos acuerdos un respaldo contra el despotismo y la arbitrariedad de las autoridades comunistas. Pero el mayor protagonismo de dichos grupos conllevaba también un aumento de las actuaciones represivas sobre los disidentes evidenciando el cinismo de los dirigentes de la URSS y de los restantes países del bloque en su simulado respeto a los derechos humanos.

La represión sobre la disidencia era variable: muy fuerte en Rumanía y Checoslovaquia y algo más atenuada en Polonia y Hungría. La tradicional eficacia y disciplina alemanas se manifestaban en el minucioso control sobre la población de la República Democrática Alemana ejercido por la *Stasi*, la policía política del régimen comunista, que contaba con 91.000 personas para controlar a 16,4 millones de habitantes mientras que en el periodo nazi la Gestapo solo disponía de unos 7.000 para una población de 66 millones (34). En el centro dirigente del bloque, el KGB desplegaba una férrea persecución de la oposición democrática con la utilización incluso de tratamientos psiquiátricos punitivos contra las «ilusiones reformistas» de los disidentes. Los casos del prestigioso científico Andrei Sajarov, sometido a un exilio interno, y del premio nobel de Literatura, Alexander Solzhenitsyn, expulsado de la URSS en 1974, salpicaban a la opinión pública occidental extendiendo la percepción de los rasgos totalitarios del comunismo (35). El deterioro de la imagen de la URSS y de los regímenes del Este llegó incluso a provocar en el seno de la izquierda occidental que no había realizado todavía su *aggiornamento* (36) el abandono de las referen-

(33) Una síntesis sobre la disidencia en el bloque del Este en: FERRERO BLANCO (2006): 69-86.

(34) PRIESTLAND (2010): 499.

(35) Algunos sectores de la *intelligentsia* occidental reaccionaron sin embargo virulentamente contra Solzhenitsyn, al que llegaron a acusar de agente fascista. Para el caso de España, vid. MARTÍN DE LA GUARDIA y PÉREZ SÁNCHEZ (1996): 47-64.

(36) La socialdemocracia alemana había dado ya el paso en 1959 al aprobar en el Congreso de Bad Godesberg su renuncia al marxismo y la aceptación del marco económico del capitalismo para su actuación política.

cias que podían ligarla al «socialismo realmente existente». Ese fue el caso del PCE, que rechazó su adscripción al leninismo y las referencias a la «dictadura del proletariado» en 1978, y del PSOE, que en 1979 hizo lo propio con su tradicional definición como partido marxista.

3. LA PERESTROIKA Y EL COMUNISMO EUROPEO

Sorprendentemente, cuando ya era constatable el declive del comunismo occidental, especialmente visible en el caso del eurocomunismo, la expectativa de una posible democratización del bloque del Este comenzó a hacerse realidad y con ello iba a abrirse también una nueva y contradictoria etapa de los partidos comunistas occidentales. La llegada de Gorbachov al poder supuso, en efecto, un giro de 180 grados en las relaciones entre la URSS y los partidos comunistas de Europa occidental que se tradujo en una aparente confirmación de la validez para Moscú de los postulados eurocomunistas. No dejaba de resultar significativo que en 1984, meses antes de acceder a la secretaría general del PCUS y con motivo de su asistencia a los funerales del secretario general del PCI, manifestase Gorbachov que las críticas de Berlinguer a la Unión Soviética «no habían sido inútiles» (37). Y es que, en efecto, las formulaciones de Gorbachov sobre la *glásnost* (transparencia, liberalización) y la *perestroika* (reconstrucción) apuntaban en idéntica dirección que desde años atrás lo hacían las propuestas del comunismo italiano, como abanderado de los partidos eurocomunistas (38).

No obstante, la deseable democratización del sistema soviético postulada desde el eurocomunismo se circunscribía al terreno político y no se adentraba significativamente en el cuestionamiento de la economía estatalizada y las limitaciones a la propiedad privada imperantes en la URSS y en los regímenes del Este. Así ocurría también con el programa reformista de Gorbachov, basado en la introducción de las reformas políticas necesarias para revigorizar el sistema soviético, atacando al sector conservador de la *nomenklatura* y abriendo el partido a la influencia de toda la sociedad, pero muy tímido en cuanto a las transformaciones para la consecución de una auténtica libertad económica (39). Esa orientación de apertura democrática coincidía pues con los postulados del eurocomunismo, que encontraba también, por otra parte, en el debilitamiento de los designios imperiales de la URSS una satisfacción a su tradicional rechazo de la existencia de un centro dirigente. De hecho, Gorbachov había indicado ya en 1985 a los dirigentes comunistas de los países del bloque del Este que no po-

(37) *L'Unità*, 12 de marzo de 1985, p. 3.

(38) Sobre la primacía del PCI en el conjunto del eurocomunismo y especialmente en el PCE: SANCHIS I LABÍOS (2004): 100-104.

(39) *Vid.* MARTÍN DE LA GUARDIA y PÉREZ SÁNCHEZ (1995): 52-79.

drían contar con la ayuda del ejército soviético para mantenerse en el poder (40). Era el fin, en la práctica, de la antigua doctrina Brezhnev (41).

El impacto de la *perestroika* en los partidos comunistas occidentales no alteró la diferencia existente entre eurocomunistas y prosoviéticos. Tampoco afectó a la división interna que, con mayor o menor intensidad, se daba en el seno de estos entre los sectores renovadores y los partidarios de las «viejas esencias» comunistas. Pero sí supuso una inversión de los lazos mantenidos hasta entonces entre la URSS y dichos partidos. Ahora, paradójicamente, eurocomunistas y renovadores se identificaban con el PCUS y se veían privilegiados en sus relaciones con Moscú, de forma similar a como lo habían sido antes los prosoviéticos. Estos últimos siguieron proclamando, en principio, con muy escasas excepciones, su adhesión acrítica a la Unión Soviética y a las políticas procedentes del PCUS aun cuando estas suponían una revisión profunda de postulados anteriores. Tal era la fuerza de inercia provocada por la identificación con el país de la «Revolución de octubre», mantenida durante tantos años; pero la situación había cambiado ahora radicalmente para dichos partidos.

A comienzos de 1986 Gorbachov afirmó, en el XXVII Congreso del PCUS, que el movimiento comunista había entrado en una fase de desarrollo «cualitativamente nueva» y que la lucha por objetivos comunes no tenía nada que ver «con la uniformidad, con la jerarquía o con la aspiración de un partido a monopolizar la verdad». Los partidos comunistas de Italia y España (42), y algunos otros pequeños partidos, habían intentado durante la época Brezhnev, como ya se ha dicho, renovar sus concepciones estableciendo una estrategia para el denominado «tránsito hacia el socialismo» por medio de la profundización de la democracia, lo que les había supuesto severas críticas e intromisiones por parte del PCUS. Por el contrario, dichos postulados se acompañaban ahora plenamente con los designios reformistas de Gorbachov y eran otros los partidos que recibían oficiosamente las amonestaciones de Moscú por su anquilosamiento y su ausencia de propuestas atractivas para conseguir un respaldo social relevante. Las críticas de *Izvestia*, diario soviético gubernamental, al PCF resultaban al respecto muy ilustrativas, llegándose a acusar a los comunistas franceses de «falta de programa y de objetivos con los que atraer a amplias capas de la población y sobre todo de la clase obrera», y de retrasar, como consecuencia de su estrategia y su táctica, su adaptación, «bajo las nuevas condiciones creadas por la reestructuración del capitalismo, a las realidades de la segunda mitad del si-

(40) PRIESTLAND (2010): 528. La oficialización internacional de dicha posición tuvo lugar en el discurso de Gorbachov pronunciado en la ONU en diciembre de 1988, en el que el dirigente soviético anunció explícitamente la renuncia a la doctrina de la «soberanía limitada».

(41) Sobre las consecuencias para la política internacional de la *perestroika*: BROWN (2007): 239-276.

(42) El PCF, tras una breve adscripción a la tendencia eurocomunista, había vuelto de nuevo en 1980 a sus posiciones dogmáticas tradicionales. *Vid.* HUDSON (2000): 76.

glo XX» (43). Desde los partidos «prosoviéticos» se percibían también, aunque muy moderadamente, indicios de un cierto malestar hacia el proceso soviético de apertura, que era considerado en 1988 desde la dirección del PCF –de puertas adentro– como una «deriva aventurerista del gorbachovismo» (44). Por su parte, el partido portugués, cuyo dirigente Álvaro Cunhal constituía una pervivencia del estalinismo, continuaba anclado en el viejo dogma marxista-leninista. La dirección del PCP se mostraba de acuerdo aparentemente con la nueva orientación de la política soviética pero adoptaba medidas disciplinarias contra los dirigentes renovadores del partido con la acusación de que invocaban «constantemente la *perestroika* de manera falsa e insidiosa» (45).

Más allá de sus tendencias ortodoxas o renovadoras, la *perestroika* tuvo un impacto desestabilizador sobre todos los partidos comunistas occidentales. En el caso de los partidos más dogmáticos y estalinizados porque se planteaba el riesgo de una ruptura del cordón umbilical (46) que los unía a la URSS, a no ser que entrasen en un proceso de cambio de sus antiguas convicciones. En la mayoría de los casos ese cambio fue meramente retórico ya que, en la práctica, no se alteraron sus pautas organizativas e ideológicas. Pero ¿y para los eurocomunistas o renovadores?, ¿acaso no significaba la *perestroika* el inicio de un proceso en el que el «socialismo realmente existente» pretendía iniciar su confluencia con la democracia y la libertad política, meta final de un proyecto socialista a la que ellos también aspiraban aunque siguiendo el camino inverso? Sí, en gran medida, pero la situación por la que atravesaba la URSS se estaba convirtiendo también en un escaparate que mostraba las debilidades teóricas de la estrategia eurocomunista y las contradicciones de la denominada «tercera vía», es decir, de un modelo intermedio entre el comunismo ortodoxo y la socialdemocracia.

Las nuevas condiciones de mayor transparencia abiertas por la *perestroika* permitían ahora contemplar en toda su crudeza la situación catastrófica de la URSS y del resto de países socialistas. El deterioro económico, social e ideológico –admitido por los propios dirigentes del PCUS– tras largos años de planificación centralizada, dirigismo económico y supresión del mercado ponía en cuestión cualquier acercamiento al modelo soviético. La pretensión de que ese fracaso histórico de los regímenes comunistas era consecuencia de la falta de democracia y de libertades políticas y de que bastaba con introducir las mismas para que emergiese el «auténtico socialismo» resultaba muy incierta. Antes bien, la propia experiencia histórica de la etapa Gorbachov iba a mostrar la imposibilidad de compatibilizar la apertura política con el entramado económi-

(43) WALLER (1989): 41.

(44) *Ibíd.*, p. 43.

(45) Tal fue el caso de la destitución como miembro del Comité Central de Zita Seabra en noviembre de 1988 (*Ibíd.*, p. 51). La debilidad de la tendencia eurocomunista portuguesa, encabezada por Zita Seabra, en: BOSCO (2000): 152 y ss.

(46) No solo en el sentido ideológico sino también material ya que dichos partidos se financiaban en gran medida con el apoyo económico de la Unión Soviética.

co estatal y planificado por más que se intentase la reestructuración del mismo y la búsqueda de una mayor eficiencia (47). El caso de China ejemplificaba que solo con la vuelta al capitalismo podía superarse la postración de las sociedades socialistas tras largos decenios de constructivismo económico e ingeniería social. La liberalización económica podía resultar compatible con la existencia de un régimen dictatorial o semitotalitario en lo político, controlado por una burocracia comunista, aunque, claro está, eso no era ya socialismo sino capitalismo autoritario. Del proceso inverso no había antecedentes y la propia experiencia de Gorbachov manifestaba que las reformas democráticas y el desarrollo de la libertad política, por tibios que fuesen, exigían también una apuesta por la libertad económica, la vuelta al mercado y el respeto del derecho propiedad.

La timidez de la *perestroika* para abordar y canalizar dicha ruptura en lo económico no podía sino provocar un enorme desajuste en las estructuras productivas de la Unión Soviética que, aunque deficientes y anquilosadas, aseguraban al menos unos mínimos niveles de abastecimiento a la población. La reestructuración gorbachoviana no servía sino para empeorar la situación social y el nivel de vida. Trastocaba la gran mole de la economía planificada pero carecía de un rumbo definido para acceder a una economía de mercado, incluso aunque en esta pudiera subsistir de momento un amplio sector estatalizado. Si con su ataque a la vieja ideología y al sistema político estaba erosionando los fundamentos del poder sin establecer una alternativa de recambio, lo mismo podía decirse de la economía: «el poder del Estado había quedado socavado sin preparar antes el terreno para que lo sustituyera el mercado» (48). La incertidumbre y el desconcierto provocados por las reformas de Gorbachov deterioraron su imagen ante la población soviética. Tuvieron también su reflejo en los partidos comunistas occidentales que, con independencia del carácter sumiso o crítico de sus anteriores relaciones con la URSS, observaban el acelerado cambio en el faro de referencia que los singularizaba en el seno de la izquierda europea. La situación iba a dar un salto cualitativo desde el otoño de 1989 cuando ese faro de referencia comenzó a apagarse en un acelerado proceso de descomposición que se iniciaba con el derribo del Muro de Berlín en noviembre de 1989 y culminaba con la desaparición de la Unión Soviética a finales de 1991.

4. DESPUÉS DE LA CAÍDA

El 11 de noviembre de 1989 el diario comunista italiano *L'Unità* abrió su edición refiriéndose al derribo del Muro de Berlín bajo el título: *Il giorno più*

(47) Otras visiones del declive –cf. LEWIN (2006): 426 y ss.– no cuestionan la viabilidad de una economía estatalizada y apuntan al estancamiento tecnológico y a la hipertrofia y el anquilosamiento de la planificación como las causas del desmoronamiento.

(48) PRIESTLAND (2000): 526.

bello per l'Europa. Los acontecimientos del 9 de noviembre se interpretaban ya como un giro histórico no solo para Alemania sino para el conjunto del continente europeo; como el inicio de un auténtico «cambio de época» producido por la *perestroika* soviética, que culminaba con el «colapso de un sistema estatal totalitario bajo el empuje de millones de personas portadoras de los ideales de democracia, solidaridad y justicia». Significaba el inicio de una ola de «nuevas revoluciones democráticas que [tenían] el epicentro en el Este pero que afectaban a toda Europa, arrinconando todos los viejos esquemas [y planteando] problemas inmensos a toda la izquierda» (49).

El desbordante entusiasmo de los comunistas italianos no era compartido por el resto del comunismo occidental. En el primer número aparecido tras el acontecimiento, el órgano oficial del PCE se limitaba a referirse escuetamente a la noticia en una nota de la sección de asuntos internacionales del semanario (50). Los primeros análisis y reflexiones aparecían en los siguientes números enmarcándose en una paradójica línea interpretativa: la de considerar la caída del Muro como un contratiempo para el bloque occidental ya que, debido a ello, este último había perdido su «iniciativa política», es decir, su «pretexto» para el discurso anticomunista (51). La paradoja alcanzaba mayores proporciones tras los sangrientos acontecimientos que pusieron fin al régimen comunista de Rumanía a finales de 1989. En vísperas de dichos acontecimientos –noviembre de 1989– una delegación del PCE asistió con la mayor normalidad al XIV Congreso de los comunistas rumanos, todavía dirigidos por Nicolai Ceaucescu; pero tras su derrocamiento y ejecución semanas después se vertía póstumamente contra el dirigente rumano la acusación de haber sido en realidad un marxista simulado «cuya única fuerza motriz no era otra que el mantenimiento del poder personal a lo que todo se sometía, incluido el culto ultranacionalista y xenófobo contra pueblos hermanos y extrañas alianzas con el imperialismo» (52). Los comunistas franceses reaccionaron, en las páginas de *L'Humanité*, con una mezcla de distanciamiento y frialdad informativa que no impedía ocultar la contrariedad y el estupor que producía el acontecimiento. La línea interpretativa del órgano oficial del PCF se fundamentaba en una descripción de los hechos que otorgaba al propio partido comunista de la RDA, de forma evidentemente sesgada, la iniciativa y el protagonismo en los cambios que se estaban produciendo en la Alemania del Este (53). Dicha interpretación se acompañaba de excusas poco consistentes de los dirigentes comunistas franceses sobre las posiciones mantenidas anteriormente, durante los muchos años de existencia del Muro (54).

(49) *L'Unità*, 11 de noviembre de 1989, p. 1.

(50) *Mundo Obrero*, 15 de noviembre de 1989, p. 39.

(51) *Mundo Obrero*, 22 de noviembre de 1989, p. 32.

(52) GUERRA (1990): 1-4.

(53) *L'Humanité*, 11 de noviembre de 1989, p. 2.

(54) George Marchais, secretario general del PCF, afirmaba que los comunistas franceses no se habían pronunciado en contra de la construcción y el mantenimiento del Muro porque los

Los acontecimientos del 9 de noviembre marcaban evidentemente el inicio de un cambio de época cuyas consecuencias habrían de notarse en la trayectoria posterior del comunismo europeo. A pesar de que los síntomas del declive de la esfera soviética eran ya evidentes meses atrás (55), la caída del Muro sorprendió incluso a los partidos comunistas que más habían apostado por la renovación, planteándoles un reto político e ideológico al que difícilmente podían sustraerse y una necesaria valoración de procesos en marcha que imponía un cierto compás de espera. Resulta significativo que el semanario de análisis teórico del comunismo italiano, *Rinascita*, dejara de publicarse hasta el 15 de enero de 1990 en que reapareció dando inicio a una nueva etapa en la que la reflexión sobre los acontecimientos de la Europa del Este se abordó prolijamente. Así ocurrió también en el caso del comunismo español con la revista *Nuestra Bandera*, que inició una nueva etapa en 1990, tras un lapso de varios meses cuya justificación respondía en parte, según la propia revista, «a la exigencia de pausa que precisa la reflexión teórica» cuando el ritmo de los acontecimientos, se decía, «desborda las posibilidades de esa reflexión» (56). Las consecuencias extraídas de la implosión de los regímenes comunistas de la Europa del Este iban a resultar, sin embargo, muy diferentes y a proyectarse en trayectorias divergentes para ambos partidos. De mucha mayor consistencia en el caso del comunismo italiano, hasta el punto de desembocar en la transformación del PCI en un nuevo partido de carácter socialdemócrata, y mucho más acomodaticia y anclada en el pasado en el caso del PCE, que reafirmaba sus señas de identidad, aunque apostaba decididamente por la orientación adoptada años atrás de difuminar la oferta comunista mediante una alianza con otras fuerzas políticas minoritarias en el seno de una nueva formación, Izquierda Unida, y renunciaba a seguir atribuyéndose el monopolio de «vanguardia de la clase obrera» (57). Otros partidos como el francés, el portugués y el griego fueron totalmente insensibles al crucial cambio histórico representado por el colapso de los regímenes comunistas, considerando incluso inicialmente una auténtica tragedia las transformaciones democráticas que se estaban produciendo en el antiguo bloque soviético (58).

comunistas alemanes no habían solicitado su opinión al respecto. De haberlo hecho –decía Marchais– «habríamos incontestablemente advertido contra el hecho de que el Muro iba a conducir a una separación de los berlineses e introducir una restricción de las libertades en la RDA. Era un error» (*L'Humanité*, 13 de noviembre de 1989, p. 2).

(55) Vid. MARTÍN DE LA GUARDIA (2012): 79-96.

(56) *Nuestra Bandera*, n.º 145, 2.º trimestre de 1990, p. 2.

(57) Sobre la evolución del PCE desde la creación de Izquierda Unida hasta finales del pasado siglo: RAMIRO (2004): 47 y ss.

(58) Vid. PCP: *XIII Congresso Extraordinário*, 1990 y *XIV Congresso*, 1992 (www.pcp.pt). El PCF llegó a celebrar el golpe de agosto 1991 de los miembros de la línea dura del PCUS contra las reformas de Gorbachov y sólo años después, tras la sustitución de Marchais por Robert Hue, inició con la denominada «mutación» una política de renovación y de abandono del dogma leninista. Vid. SZARKA (2000): 26-28.

Un acontecimiento histórico de tanta envergadura y con tanta carga simbólica para el movimiento comunista como el derrumbe del Muro no podía sin embargo caer en saco roto. En realidad no era tanto la caída del Muro sino su construcción décadas atrás lo que ahora se ponía retrospectiva y vergonzosamente en evidencia. Ante dicho acontecimiento y los que vertiginosamente iban a producirse en el bloque soviético cabían dos posturas extremas y una postura intermedia que podía adquirir distintos matices (59). La primera de ellas era el reconocimiento póstumo del fracaso histórico del comunismo y, en consecuencia, el retorno al tronco común de la socialdemocracia europea. Esa fue, como es sabido, la evolución seguida por el sector mayoritario del comunismo italiano, que en el XX Congreso celebrado en Rímini decidió la disolución del PCI y la creación del *Partito Democratico della Sinistra* (PDS), posteriormente integrado en la Internacional Socialista (60). La segunda puede ejemplificarse también mediante la experiencia italiana tras la constitución de «Refundación Comunista» (RC), partido liderado por el antiguo dirigente del PCI, Armando Cossutta, que permaneció fiel a la tradición comunista frente a la transformación del PCI en un nuevo partido. Consistía por tanto dicha postura en el mantenimiento de las antiguas señas de identidad y la ocupación de la parte más ideologizada del antiguo espacio comunista, en franco declive como muestran los casos similares de los partidos comunistas francés, portugués y griego, que al igual que otros minúsculos partidos, como el de Austria, Suiza o Irlanda, siguieron manteniendo por el momento su denominación, simbología e identidad política (61). Las posturas intermedias se tradujeron en la disolución de algunos partidos comunistas para convertirse en nuevas formaciones políticas de ideología anticapitalista o la fusión con otros partidos y movimientos para ubicarse en un nuevo espacio político «rojiverde» que incorporaba también, junto al ecologismo, elementos identitarios de la llamada «nueva izquierda» como la antiglobalización, el feminismo, el pacifismo y el altermundialismo (62). En 1991 se disolvió el partido comunista de Holanda uniéndose a otras pequeñas forma-

(59) Desde la Ciencia Política se han esbozado distintos modelos de evolución del antiguo «espacio político» del comunismo hacia la «izquierda anticapitalista». Vid. BELL (1993) y BULL (1994): 203-222.

(60) CURI (1991): 11-69.

(61) El PCF seguía manteniendo en 1991 que «el leninismo era un ideal siempre vigente, no desacreditado por el colapso de la URSS y que las previsiones de Lenin sobre la evolución del capitalismo continuaban siendo correctas»; vid. HUDSON (2000): 90. El 25 de diciembre de 1991, tras la implosión de la Unión Soviética, George Marchais, secretario general del PCF, dirigía una carta a Gorbachov en la que manifestaba que «el fracaso histórico de la experiencia comunista no significaba el fracaso de la idea comunista» y afirmaba la decisión del partido francés de continuar siendo comunista; *L'Humanité.fr*, <http://www.humanite.fr/node/15516>, pp. 5-6.

(62) Sobre la adaptación del comunismo a los postulados de la «nueva izquierda» vid. DILAS-ROCHERIEUX (2008): 523-534.

ciones políticas, situadas a la izquierda de la socialdemocracia, en la denominada «Izquierda Verde». El partido comunista finlandés entró en descomposición en 1992 integrándose sus militantes en la «Alianza de Izquierda», y el partido comunista sueco abandonó su nombre en 1990 para convertirse en el «Partido de la Izquierda» (63).

Un caso especial en el conjunto de las transformaciones de los antiguos partidos comunistas en un nuevo tipo de formaciones políticas anticapitalistas fue el del comunismo español. Su singularidad reside en el hecho de haber mantenido la identidad e independencia organizativa como partido pero transfiriendo una buena parte de su funcionamiento en el ámbito parlamentario y en su relación con la sociedad a un movimiento político y social, Izquierda Unida, federación de carácter electoral de diversos partidos que permite también la afiliación directa a la misma (64). Como puede verse en el cuadro adjunto, la coyuntura crítica de la caída del Muro en 1989 impactó sobre los principales partidos comunistas occidentales en una situación de progresivo declive electoral, con la única excepción precisamente del comunismo español que, bajo las siglas de Izquierda Unida, había remontado en las elecciones de octubre de 1989 los adversos resultados de las elecciones de 1982 y 1986 (65).

La comparación entre los resultados electorales anteriores y posteriores a la caída del Muro muestra que la descomposición del bloque soviético agravó el deterioro electoral del comunismo occidental, con la excepción también, aunque momentánea, del caso de España ya que, al menos durante algunos años, los resultados de Izquierda Unida se mantuvieron estables. Sin embargo, volvieron a caer otra vez desde las elecciones del año 2000 situándose en unos niveles de precariedad similares a los de otros partidos comunistas o de las formaciones políticas de carácter anticapitalista surgidas tras la descomposición del bloque soviético, que configuraron en aquellos momentos el nuevo espacio político europeo situado a la izquierda de la socialdemocracia (66).

(63) Para el caso de Suecia, con referencias también a otros países escandinavos, *vid.* ARTER (1991): 60-78.

(64) El modelo organizativo de Izquierda Unida en RAMIRO (2000): 241-260. Otros partidos, como el griego y el portugués, ensayaron también en la década de 1990 coaliciones electorales con otras fuerzas de izquierda; *vid.* BULL (1995): 86-89. El PCF, por el contrario, mantuvo su oferta electoral como partido sufriendo una continuada erosión en su respaldo popular; *vid.* BELL (2004): 23-34.

(65) Sobre la crisis del PCE y su evolución tras la aparición de Izquierda Unida: BAUMER (2008): 254 y ss.

(66) *Vid.* AJA, JAIME, *Informe de la situación electoral de los partidos de la izquierda en Europa*, Fundación de Investigaciones Marxistas (oe_fim@yahoo.es). Un exhaustivo análisis de la izquierda radical en todos los países europeos, incluido el antiguo bloque del Este, en: DAIBER, HILDEBRANT y STRIETHORST (2012).

Porcentajes de voto a partidos comunistas en las cuatro elecciones anteriores y posteriores a 1990

Partido	Antes de 1990				% medio	Después de 1990				% medio
PCI/RC	34,4 (1976)	30,4 (1979)	29,9 (1983)	26,6 (1987)	30,3	5,6 (1992)	6,0 (1994)	8,6 (1996)	5,0 (2001)	6,3
PCF	20,6 (1978)	16,2 (1981)	9,8 (1986)	11,3 (1988)	14,4	8,9 (1993)	9,6 (1997)	4,9 (2002)	4,5 (2007)	7,0
PCP	16,8 (1980)	18,1 (1983)	15,5 (1985)	12,1 (1987)	15,6	8,8 (1991)	8,6 (1995)	11,3 (1999)	9,6 (2002)	9,5
PCG	12,2 (1981)	11,5 (1985)	13,1 (1989)	11,0 (1989)	11,9	10,3 (1990)	4,5 (1993)	5,6 (1996)	5,5 (2000)	6,5
PCE/IU	10,8 (1979)	4,0 (1982)	4,6 (1986)	9,1 (1989)	7,1	9,6 (1993)	10,5 (1996)	5,5 (2000)	5,0 (2004)	7,6

Fuente: DE WAELE, J. M. y SEILER, D. L., *Les partis de la gauche anticapitaliste en Europe* (2012): 70-73. En las elecciones de 1981 y 1985: suma de votos del PCG y del PCG-Interior; en las dos elecciones de 1989 (junio y noviembre) el PCG formó parte de la coalición de Izquierda y de Progreso.

5. LA PERVIVENCIA DEL COMUNISMO: CONCLUSIONES A MODO DE EPÍLOGO

Aunque la crisis del comunismo en Europa occidental se había iniciado antes de la caída del Muro, no hay duda de que la descomposición del bloque soviético agudizó dicha crisis acelerando el proceso de transformación de algunos de los partidos comunistas (67) y provocando incluso, en algunos casos, su desaparición. En los partidos más renovadores, aquellos que constituían el sector eurocomunista, las tendencias de cambio durante los años anteriores se orientaban en la práctica hacia una confluencia con la socialdemocracia. Aceptado el marco político de las democracias liberales, del pluralismo y del acceso pacífico al poder, solo el componente ideológico anticapitalista y el mantenimiento, más bien retórico, de una voluntad revolucionaria de transformar las estructuras socioeconómicas constituían elementos diferenciadores respecto a los partidos socialdemócratas o socialistas. De hecho, desde el punto de vista de su práctica política, era el referente soviético el que había servido para otorgar identidad específica al comunismo en el conjunto de la izquierda de Europa occidental. Desaparecido dicho referente, la diferenciación con la socialdemo-

(67) Los efectos de dicha crisis resultaban particularmente visibles en los procesos internos de cambio ocurridos en algunos partidos. *Vid.* BOSCO (2000): 209 y ss.

cracia solo podía seguir manteniéndose si se petrificaba el discurso anticapitalista, es decir, precisamente aquello que había sido tozudamente impugnado por la propia experiencia real del comunismo.

Así pues, de la evidencia del fracaso histórico al que había conducido la eliminación del capitalismo en los países del «socialismo realmente existente» no iban a extraerse, con escasas excepciones, las consecuencias teóricas y políticas a las que una mínima lógica obligaba. En realidad la interpretación de la debacle de los Estados socialistas realizada por una gran parte de los partidos comunistas como una derrota supuestamente coyuntural del comunismo a manos del capitalismo, debido a diversas circunstancias geoestratégicas que podrían haberla propiciado, tenía escasa consistencia como causa explicativa de la caída (68). Eran, por el contrario, razones fundamentalmente endógenas las que propiciaban el fracaso internacional del comunismo al erosionar, de forma cada vez más visible, su competitividad civil y militar con Occidente (69). El desabastecimiento, la falta de incentivación laboral, el retroceso económico y la destrucción del tejido social derivados de las diversas experiencias comunistas ponían de manifiesto las negativas consecuencias del orden constructivista implantado en los países socialistas. El comunismo había caído no en la lucha contra el capitalismo sino como fruto de una implosión interna, derivada de la propia descomposición e inviabilidad de la «nueva sociedad» que pretendía edificar (70). Por eso iba a resultar tan difícil y traumática la reconstrucción inmediata, en un nuevo marco de libertad económica, de los países que lo habían padecido. El comunismo no solo había destruido los fundamentos económicos anteriores a su implantación sino que había arrasado también el tejido de relaciones sociales propio de las sociedades abiertas y configurado un tipo de mentalidad colectiva muy poco apto para los retos que se avecinaban. No se trataba por tanto, en el caso de las «democracias populares», de un paréntesis de más de cuarenta años –o de más de setenta en el caso de la Unión Soviética– tras el cual podía enlazarse, sin apenas traumas, con la anterior historia de dichos países sino de una situación de descomposición social y económica sin precedentes que mostraba el negativo resultado producido por la destrucción de los fundamentos de las sociedades abiertas (71).

(68) Entre otras las relativas a la alteración del orden geopolítico internacional derivadas de la ofensiva «reaganiana» o las relacionadas con las supuestas adulteraciones del «auténtico socialismo» según las cuales la caída del «socialismo real» en nada afectaba al socialismo como «utopía». *Vid.* REVEL (2000): 39 y ss. Cf. RIVERA (2002): 40-43.

(69) HALLIDAY (2006): 15.

(70) Lo cual no significa que no concurrieran también otras causas para el desencadenamiento de dicha implosión. Aunque son muchas las interpretaciones sobre el colapso final de la URSS y del bloque soviético, hay gran coincidencia sobre el papel de Gorbachov, como causa más directa del mismo, por las consecuencias desestabilizadoras de su intento de reforma de la concepción oficial del régimen de gobierno soviético: COMBS (2008): 202-246. Para un análisis de las distintas explicaciones –esencialistas, estructurales y derivadas de factores personales– del colapso soviético: SABORIDO (2011): 70-83.

(71) REVEL (1992): 151 y ss.

La historia parecía pues dar la razón al sector del socialismo europeo que, tras la escisión comunista derivada de la Revolución de octubre, había ido aceptando evolutivamente el marco económico capitalista de los países occidentales. El balance de las dos experiencias –la de Europa occidental y la del bloque del Este– no admitía posibles comparaciones. El desarrollo económico de los países occidentales había permitido una mejora sustancial del nivel de vida de las clases trabajadoras y de la población en su conjunto, así como el despliegue de amplias medidas asistenciales y de protección social, que habían configurado el denominado Estado de bienestar europeo a lo largo de la segunda mitad del siglo xx. Parecía pues un momento oportuno para revisar planteamientos y superar el desencuentro que desde las escisiones comunistas que siguieron a la Revolución de octubre se había producido en el seno de la socialdemocracia europea. Sorprendentemente, sin embargo, solo el comunismo italiano, entre los partidos comunistas con cierta relevancia política, fue capaz de dar esa respuesta (72).

Es indudable que el PCI disponía de un acervo de reflexión teórica y de independencia de criterio muy superior al del resto del movimiento comunista de Europa occidental pero las causas de esa significativa excepción deben buscarse sobre todo en la peculiar configuración del espacio político de la izquierda italiana tras el final de la Segunda Guerra. La hegemonía del comunismo y la debilidad del partido socialista italiano, que se acrecentó a finales de la década de 1980 como consecuencia de una corrupción sin precedentes, permitían al antiguo PCI ocupar de una forma natural el espacio político de la socialdemocracia con un coste político muy reducido: el de la aparición a su izquierda de una nueva formación política, Refundación Comunista, con escaso respaldo social y electoral. La situación era muy distinta para el resto de partidos comunistas occidentales; todos ellos constituían fuerzas minoritarias en el conjunto de la izquierda, frente a potentes partidos socialdemócratas con larga experiencia de gobierno y, además, estaban sufriendo una progresiva pérdida de respaldo electoral desde la década de 1980. La pervivencia de la mentalidad y del activismo anticapitalistas, aunque solo fuera en sectores sociales muy reducidos e ideologizados, podía permitirles que la descomposición de la esfera soviética no representara más que un bucle histórico tras el cual se podía renovar el viejo discurso comunista adaptándolo ahora a la nueva lucha contra la «globalización imperialista».

Ese nuevo discurso ideológico presentaba además una indudable ventaja en las condiciones de precariedad electoral en que habrían de moverse los restos del comunismo occidental tras la caída del Muro. La diferenciación con la socialdemocracia permitía seguir manteniendo las estructuras partidarias como opción más rentable para los miembros del «aparato» y para los electos en los

(72) HUDSON (2000): 65 y ss. Un análisis de las sucesivas fuerzas y coaliciones políticas surgidas de la transformación del PCI en: BELLUCCI, MARAFFI, SEGATTI (2000): 115-129.

distintos niveles político-administrativos (73). Posibilitaba también la neutralización, por las vías de la absorción o de la confluencia, de los grupúsculos anticapitalistas que durante la etapa anterior a 1990 se habían mostrado siempre irreductibles, a la izquierda del comunismo ortodoxo, como consecuencia de la vinculación, mayor o menor, de los partidos comunistas occidentales al bloque soviético. Su posición en el sistema de partidos, como izquierda crítica de la socialdemocracia, podía permitir también a los antiguos partidos comunistas recoger coyunturalmente parte de su respaldo electoral como consecuencia del desgaste producido por las experiencias de gobierno de los partidos socialistas (74). Paradójicamente, las nuevas condiciones geoestratégicas derivadas del colapso soviético y del final de la Guerra Fría facilitaban asimismo a los antiguos partidos comunistas, a pesar de su pérdida de influencia social en comparación con etapas anteriores, poder jugar ahora con mayor éxito un papel relevante en posibles coaliciones de gobiernos de izquierda.

Evidentemente, en el nuevo rumbo emprendido por dichas formaciones ya no se disponía del aglutinante internacional suministrado anteriormente por la existencia de la esfera soviética ni tampoco de la referencia de un modelo socioeconómico alternativo que, a pesar de sus deficiencias, había constituido una realidad histórica para millones de europeos de la mitad oriental del continente. Esa orfandad de un aglutinante internacional iba a ser suplida sin embargo, en el marco de la integración comunitaria, por un discurso antieuropeísta o euroescéptico (75) como nuevo elemento identitario que ha posibilitado, para el ámbito europeo y en posiciones de extrema izquierda frente a la izquierda socialdemócrata, la cohesión transnacional de los antiguos partidos comunistas y de las nuevas formaciones políticas anticapitalistas a las que ha dado paso la desaparición, el debilitamiento o la mutación de dichos partidos (76).

Por otra parte, si la ausencia de un sólido referente histórico como el constituido por los Estados socialistas surgidos de la Revolución de octubre y de la dominación soviética de la posguerra en Europa oriental podía hacer, efectivamente, más difusos e imprecisos los objetivos y metas finales del anticapitalismo comunista, no por ello ha dejado de existir un espacio político para formaciones políticas radicales, y en parte antisistema, en el que reconocerse y sobre el que actuar sin un excesivo cambio de identidad. A pesar de la desaparición de la matriz soviética, la pervivencia de las ideas y de las prácticas comunistas encuentra su lugar en una cultura política portadora de un discurso diferente al

(73) *Vid.* al respecto los diferentes comportamientos partidistas, según las metas sean la realización de políticas, la obtención de votos o la obtención de cargos, establecidos por MÜLLER y STROM (1999): 279 y ss. Sobre la transformación de los modelos de partidos: KATZ y MAIR (2004): 9-39.

(74) En función de la competencia en el sistema de partidos y de las características del sistema electoral. *Vid.* SARTORI (2005).

(75) DUNPHY (2004): 156-168 y JANSSEN (2013): 8-10.

(76) *Vid.* RODRÍGUEZ-AGUILERA DE PRAT (2012): 140-165.

discurso político dominante. La «pasión por el comunismo» de la que habla Marc Lazar para el caso de Francia (77) podría extenderse también al resto de países latinos o mediterráneos, o a regiones específicas de estos, para explicar la pervivencia de esa cultura política, ya bajo formas ortodoxas –partidos comunistas de Portugal, Grecia y Chipre–, ya con aperturas y mutaciones –PCE, PCF y Refundación Comunista en Italia– más en la línea del antiguo eurocomunismo. Para el caso alemán, han sido la pervivencia del antiguo partido comunista de inspiración soviética de la RDA, con respaldo relevante en los *länder* orientales tras la reunificación, y el desgajamiento del ala izquierda de la socialdemocracia los que han propiciado la aparición de *Die Linke*, nueva formación política situada en la extrema izquierda del arco parlamentario (78). En otras latitudes, especialmente el espacio nórdico, la significativa presencia de formaciones políticas ecologistas en los sistemas partidarios ha facilitado la absorción de los antiguos partidos comunistas, o del tradicional respaldo de estos, en nuevas formaciones rojiverdes que se integran a nivel europeo en la denominada Izquierda Verde Nórdica (79). Junto a la Izquierda Unitaria Europea (80), con la que están coaligados parlamentariamente, forman el grupo situado más a la izquierda en el Parlamento Europeo habiendo constituido una buena parte de las formaciones políticas nacionales que las integran el Partido de la Izquierda Europea, una especie de nueva Internacional anticapitalista con la que traspasar el marco de la simple cooperación europarlamentaria (81).

Transcurrido aproximadamente un cuarto de siglo desde el inicio de la descomposición del bloque soviético la herencia comunista se ha traducido pues en una enorme y compleja variedad de formaciones políticas cuyo denominador común es su posicionamiento a la izquierda de la socialdemocracia, a la que se niega carta de naturaleza de auténtica izquierda. Como representación del antiguo espacio y cultura política del comunismo dichas formaciones cumplen, más

(77) Se trataría de una cultura política caracterizada por «la pasión totalitaria en democracia», muy anterior al comunismo de inspiración soviética y visible en el caso de Francia por una línea de pensamiento y acción que arrancaría en Babeuf pasando por Augusto Blanqui y por el Partido Socialista Revolucionario de Eduardo Vaillant de finales del XIX. *Vid.* LAZAR (2006) y SEILER (2012): 25-30.

(78) MOREAU (2008): 39-85.

(79) Alianza formada por los distintos partidos rojiverdes de Dinamarca, Finlandia, Islandia, Noruega y Suecia a la que fueron también afines tres formaciones políticas izquierdistas griegas: *Synaspismós* (Coalición de los Movimientos de Izquierda y Ecologistas), *Syriza* (Coalición de la Izquierda Radical) y el Movimiento Democrático y Social de Grecia. *Vid.* HASTINGS (2012): 89-107, y MARANTZIDIS (2012): 223-239.

(80) Se integran en ella, como miembros o como observadores, los partidos comunistas o neocomunistas, así como diversas formaciones de inspiración trotskista, particularmente relevantes en el caso de Francia, y otros partidos de inspiración anticapitalista entre los cuales se incluye el denominado Partido Socialista de Holanda, de orígenes maoístas pero evolucionado hacia posiciones social-populistas, que ha cosechado significativos avances electorales en los últimos tiempos. *Vid.* DE WAELE y VIEIRA (2012): 62-69.

(81) VAN HÜLLEN (2008): 463-482.

allá de su significación ecologista, feminista o altermundialista, la función de canalizar electoralmente la voz de los descontentos y de las frustraciones sociales y políticas en el campo de la izquierda, representando así, según distintas coyunturas, una alternativa política más o menos creíble para parte del electorado de los partidos socialdemócratas. La continuidad se observa también en la asunción de la tradicional función del comunismo como abanderado de las reivindicaciones por las mejoras sociales y guardián vigilante de dichas mejoras. Precisamente sobre este aspecto es donde cabría matizar, por último, la significación de la nueva izquierda –con mayor o menor raigambre comunista– como antisistema y el sentido que debe darse a su identificación como izquierda anticapitalista.

Es cierto que el rechazo del capitalismo constituye, aunque en distintos grados, una de las señas de identidad de dicha izquierda –con independencia de su vinculación más o menos estrecha con los antiguos partidos comunistas– pero en su práctica política se observa más bien tan solo un rechazo del denominado giro «neoliberal» imprimido al mismo desde las esferas gubernamentales y del que se responsabiliza no solo a la derecha sino también a la socialdemocracia. Involucrada recientemente esta última en las políticas restrictivas y de ajuste de la Unión Europea, que la crisis ha agudizado inevitablemente, el discurso crítico con el desarrollo de la integración europea (82) se ha convertido, como ya se ha apuntado, en el elemento de unión transnacional de la nueva izquierda en su empeño por conservar un modelo social europeo al que se considera seriamente amenazado (83).

Durante los años en que dicho modelo resultaba plenamente sostenible, la socialdemocracia fue cuestionada, sin embargo, desde el comunismo por su carácter reformista y por su función amortiguadora de las transformaciones sociales y económicas tendentes al supuesto logro de una nueva sociedad socialista que, durante mucho tiempo, tuvo como referente para los partidos comunistas occidentales a la Unión Soviética y a las «democracias populares». Ahora, paradójicamente, el antiguo espacio político de la socialdemocracia, se ha visto ocupado en parte –y puede seguir siéndolo, a juzgar por las últimas tendencias electorales– por una nueva izquierda que mantiene también en buena medida la herencia del espacio político tradicional del comunismo. Dicha izquierda, junto a las reivindicaciones de nuevos sectores sociales, ha asumido el discurso ideológico clásico de la socialdemocracia, supuestamente traicionado por esta en su práctica política, y ha adquirido en algunos casos rasgos populistas, lo que marca una tendencia al desplazamiento de los partidos socialdemócratas tradicionales hacia un espacio de mayor centralidad política y de menor respaldo electoral y social en los sistemas de partidos de un buen número de países europeos.

(82) DE VRIES y EDWARDS (2009): 5-28; BENEDETTO y QUAGLIA (2007): 478-479; HEINE, Sophie (2009): 9-25.

(83) JANSSEN (2013): 44.

6. BIBLIOGRAFÍA

- ARTER, DAVID (1991): «The Swedish Leftist Party: Eco-Communism or Communist Echo», *Parliamentary Affairs*, vol. 44, n.º 1, pp. 60-78.
- ALLUM, P. A. (1970): *The Italian Communist Party since 1945, grandeurs and servitudes of a European socialist strategy*, University of Reading Graduate School of Contemporary European Studies.
- AZCÁRATE, MANUEL (1982): *Crisis del Eurocomunismo*, Barcelona, Argos Vergara.
- BAUERKÄMPER, ARND; DI PALMA, FRANCESCO (2011): *Bruderparteien jenseits des Eisernen Vorhangs*, Berlín, Ch. Links Verlag.
- BÄUERLEIN, HEINZ (1992): «Der Eurokommunismus: ein abgeschlossenes Kapitel», *Europa-Archiv*, vol. 47, pp. 653-662.
- BAUMER, ANDREAS (2008): *Kommunismus in Spanien: Die Partido Comunista de España – Widerstand, Krise und Anpassung (1970-2006)*, Baden-Baden, Nomos.
- BELL, DAVID S. (1979): *Eurocommunism and the Spanish Communist Party*, University of Sussex.
- (1993): *Western European Communist and the Collapse of Communism*, Oxford, Berg-Publishers.
- (2004): «The French Communist Party within the Left and alternative movements», *Modern & Contemporary France*, vol. 12, n.º 1, pp. 23-34.
- BELLUCCI, PAOLO; MARAFFI, MARCO; SEGATTI, PAOLO (2000): *PCI, PDS, DS. La trasformazione dell'identità política della sinistra di governo*, Roma, Donzelli.
- BENEDETTO, GIACOMO y QUAGLIA, LUCIA (2007): «The Comparative Politics of Communist Euroscepticism in France, Italy and Spain», *Party Politics*, vol. 13, n.º 4, pp. 478-499.
- BERLINGUER, ENRICO (1976): «Por nuevas vías hacia el socialismo en Italia y en Europa», *Los comunistas italianos. Boletín para el extranjero del PCI*, n.º 3-4, abril-julio de 1976, pp. 59-70.
- BOSCO, ANNA (2000): *Comunisti. Trasformazione di Partito in Italia, Spagna e Portogallo*, Bolonia, Il Mulino.
- BROWN, ARCHIE (2007): *Seven Years that Changed the World: Perestroika in Perspective*, Oxford, Oxford University Press.
- BULL, MARTIN (1994): «The West European Communism Movement: Past, Present and Future», en BULL, MARTIN y HEYWOOD, PAUL (eds.), *West European Communists Parties After the Revolutions of 1989*, New York, Palgrave Macmillan, pp. 203-222.
- (1995): «The West European Communism Movement in the Late Twentieth Century», *West European Politics*, vol. 18, n.º 1, pp. 78-97.
- BUTON, PHILIPPE (2011): «El Partido Comunista Francés frente al eurocomunismo: un partido en la encrucijada», *Historia del Presente*, n.º 18, pp. 9-23.
- CARRILLO, SANTIAGO (1976): *De la clandestinidad a la legalidad (Informe al Pleno del Comité Central del PCE celebrado en Roma los días 28 al 31 de julio de 1976)*, Partido Comunista de España.
- (1977): «Eurocomunismo» y Estado, Barcelona, Crítica.

- COMBS, DICK (2008): *Inside the Soviet Alternate Universe. The Cold War's End and the Soviet Union's Fall Reappraised*, The Pennsylvania State University Press.
- COURTOIS, STÉPHANE y ANDOLFATTO, DOMINIQUE (2008): «France. The Collapse of the House of Communism», en BACKES, UWE y MOREAU, PATRICK (eds.), *Communist and Post-Communist Parties in Europe*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht.
- CURI, UMBERTO (1991): «La genesi del Partito democratico della sinistra», en CURI, UMBERTO y FLORES D'ARCAIS, PAOLO, *L'albero e la foresta. Il Partito democratico della sinistra nel sistema politico italiano*, Milán, Franco Angeli, pp. 11-69.
- DAIBER, BIRGIT; HILDEBRANT, CORNELIA y STRIETHORST, ANNA (eds.) (2012): *From Revolution to Coalition – Radical Left Parties in Europe*, Berlín, Rosa-Luxemburg-Foundation.
- DE VRIES, CATHERINE y EDWARDS, ERICA (2009): «Taking Europe to its Extremes. Extremist Parties and Public Euroscepticism», *Party Politics*, vol. 15, n.º 1, pp. 5-28.
- DE WAELE, JEAN-MICHEL y VIEIRA MATHIEU (2012): «La famille de la gauche anticapitaliste en Europe occidentale», en DE WAELE, JEAN-MICHEL y SEILER, DANIEL-LOUIS (dirs.), *Les partis de la gauche anticapitaliste en Europe*, París, Éd. ECONOMICA, pp. 62-69.
- DELETANT, DENNIS (1995): *Ceausescu and the Securitate: Coercion and Dissent in Romania, 1965-1989*, Armonk-New York, M. E. Sharpe.
- DELOGU, IGNACIO (ed.) (1977): *La vía europea al socialismo*, Barcelona, Península.
- DI GIACOMO, MICHELANGELA (2010): «Identità eurocomunista: la traiettoria del PCE negli anni Settanta», *Studi Storici*, n.º 2, pp. 461-494.
- (2011): «Prospettive eurocomuniste. La strategia del PCI e i rapporti con el PCE negli anni '70», *Dimensioni e problema della ricerca storica*, n.º 2, pp. 173-206.
- DILAS-ROCHERIEUX, YOLÈNE (2008): «Communism and Neo-Communism in Times of Globalization», en BACKES, UWE y MOREAU, PATRICK (eds.): *Communist and Post-Communist Parties in Europe*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 523-534.
- DÖRR, NIKOLAS R. (2012): «Die Auseinandersetzungen um de Eurokommunismus in der bundesdeutschen Politik, 1967-1979», en *Jahrbuch für Historische Kommunismusforschung 2012*, Berlín, pp. 217-232.
- (2013): «Emanzipation und Transformation. Rückblick auf den Eurokommunismus», *Osteuropa*, n.º 5-6, pp. 255-270.
- (2014): *Eurokommunismus als Teil des historischen Kommunismusforschung*, Docupedia-Zeitgeschichte, 06.01.2014, <http://docupedia.de/zg/Eurokommunismus?oldid=97393>.
- DUNPHY, RICHARD (2004): *Contesting capitalism? Left parties and European integration*, Manchester, Manchester University Press.
- FERRERO BLANCO, DOLORES (2006): «La crisis del socialismo real. Semejanzas y diferencias entre las disidencias del bloque del Este», *Historia Actual On Line*, n.º 11, pp. 65-86.
- FURET, FRANÇOIS (1995): *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica.

- GILBERG, TROND (1980): «Eurocommunism and Romania», en ASPATURIAN, VERNON V. y otros (eds.), *Eurocommunism between East and West*, Indiana University Press, pp. 181-201.
- GUERRA, MOISÉS (1990): «Rumanía. El poder es del pueblo», *Mundo Obrero* (suplemento), 10 de enero de 1990, pp. 1-4.
- GUISSO, ANDREA (2011): «La vía italiana al eurocomunismo. Una reflexión sobre PCI y cultura de gobierno», *Historia del Presente*, n.º 18, pp. 43-57.
- HALLIDAY, FRED (2006): *Las relaciones internacionales y sus debates*, Madrid, CIP-FUHEM.
- HASTINGS, MICHEL (2012): «Les partis de la gauche radicale en Scandinavie» en DE WAELE, JEAN-MICHEL y SEILER, DANIEL-LOUIS (dirs.), *Les partis de la gauche anticapitaliste en Europe*, París, Éd. ECONOMICA, pp. 89-107.
- HAYEK, FRIEDRICH (1944): *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza Editorial (Edición de 2010).
- HEINE, SOPHIE (2009): *Une gauche contre l'Europe?*, Bruselas, Université de Bruxelles.
- HUDSON, KATE (2000): *European Communism since 1989. Towards a New European Left?*, Nueva York, Palgrave.
- HUNTINGTON, SAMUEL P. (1991): *The Third Wave: Democratization in the Late Twentieth Century*, Norman, University of Oklahoma Press.
- JANSSEN, THILO (2013): *The Parties of the Left in Europe*, Berlín, Rosa-Luxemburg-Foundation.
- KATZ, RICHARD S. y MAIR, PETER (2004): «El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos», *Zona Abierta*, n.º 108/109, pp. 9-39.
- KITSCHOLT, HERBERT y otros (1999): *Post-Communist Party Systems. Competition, Representation, and Inter-Party Cooperation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- LANGE, PETER y VANNICELLI, MAURIZIO (1981): *The Communist Parties of Italy, France and Spain: Postwar Change and Continuity*, Londres, George Allen & Unwin.
- LAZAR, MARC (2006): *Le communisme, une passion française*, París, Éditions Perrin (2.ª edición).
- (2011): «El eurocomunismo, objeto de historia», *Historia del Presente*, n.º 18, pp. 59-66.
- LEVESQUE, JACQUES (1987): «Le parti communiste italien, l'URSS et l'ordre international. Le cheminement du PCI depuis 1975», *Revue Française de Science Politique*, vol. 37, n.º 2.
- LEWIN, MOSHE (2006): *El siglo soviético. ¿Qué sucedió realmente en la Unión Soviética?*, Barcelona, Crítica.
- LOVELACE, RICARDO (1982a): «La crisis del PCE: manifestación de un proyecto inviable», *Leviatán: Revista de hechos e ideas*, n.º 8, pp. 45-50.
- (1982b): «El fracaso electoral del PCE», *Leviatán: Revista de hechos e ideas*, n.º 10, pp. 27-33.
- MARANTZIDIS, NIKOS (2012): «La gauche anticapitaliste en Grèce», en DE WAELE, JEAN-MICHEL y SEILER, DANIEL-LOUIS (dirs.): *Les partis de la gauche anticapitaliste en Europe*, París, Éd. ECONOMICA, pp. 223-239.

- MARTÍN DE LA GUARDIA, RICARDO (2012): *1989, el año que cambió el mundo. Los orígenes del orden internacional después de la Guerra Fría*, Madrid, Akal.
- y PÉREZ SÁNCHEZ, GUILLERMO (1995): *La Unión Soviética: de la perestroika a la desintegración*, Madrid, Istmo.
- y PÉREZ SÁNCHEZ, GUILLERMO (1996): «Solzhenitsyn y el impacto del archipiélago Gulag en España», *Veintiuno: revista de pensamiento y cultura*, n.º 30, pp. 47-64.
- MOREAU, PATRICK (2008): «The PDS/Linkspartei. PDS and the Extreme Left – Decline and Renaissance of Communism in Germany» en BACKES, UWE y MOREAU, PATRICK (eds.): *Communist and Post-Communist Parties in Europe*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 39-85.
- MÜLLER, WOLFGANG y STROM, KAARE (1999): *Policy, Office or Votes? How Political Parties in Western Europe Make Hard Decisions*, Cambridge, Cambridge University Press.
- PALA, GIAIME y NENCIONI, TOMMASO (eds.) (2008): *El inicio del fin del mito soviético. Los comunistas occidentales ante la Primavera de Praga*, Barcelona, El Viejo Topo.
- PAYNE, STANLEY G. (2005): «La presidencia de Ronald Reagan en perspectiva histórica», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, vol. 202, n.º 1, pp. 99-118.
- PRIESTLAND, DAVID (2010): *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica.
- RAMIRO, LUIS (2000): «Entre coalición y partido. La evolución del modelo organizativo de Izquierda Unida», *Revista Española de Ciencia Política*, n.º 2, pp. 237-270.
- (2004): *Cambio y adaptación en la izquierda: la evolución del Partido Comunista de España y de Izquierda Unida*, Madrid, Siglo XXI.
- REVEL, JEAN-FRANÇOIS (1992): *El Renacimiento Democrático*, Barcelona, Plaza & Janés.
- (2000): *La gran mascarada. Ensayo sobre la supervivencia de la utopía socialista*, Madrid, Taurus.
- RIVERA, MARÍA (2002): «El futuro de la izquierda. Entrevista a Marta Harnecker», *Memoria. Revista de Política y Cultura*, n.º 160, pp. 40-53.
- RODRÍGUEZ-AGUILERA DE PRAT, CESÁREO (2012): *Euroescepticismo, Eurofobia y Eurocriticismo. Los partidos radicales de la derecha y la izquierda ante la Unión Europea*, Barcelona, Huygens Editorial.
- SABORIDO, JORGE (2011): *Rusia, veinte años sin comunismo. De Gorbachov a Putin*, Buenos Aires, Biblos.
- SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, JESÚS (2004): *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas.
- SANCHIS I LABIÓS, AMADEUS (2004): «La influencia del Partido Comunista Italiano sobre el PCE al final del franquismo», en *Nuestra Bandera. Revista de debate político*, n.º 200, vol. II, pp. 100-104.
- SARTORI (2005): *Partidos y sistemas de partidos: marco para un análisis* (2.ª ed.), Madrid, Alianza Editorial.
- SEILER, DANIEL-LOUIS (2012): «Panorama de la gauche anticapitaliste en Europe: essai de typologie», en DE WAELE, JEAN-MICHEL y SEILER, DANIEL-LOUIS (dirs.), *Les partis de la gauche anticapitaliste en Europe*, París, Éd. ECONOMICA, pp. 7-31.

- SZARKA, JOSEPH (2000): «The Parties of the French “Plural Left”: an Uneasy Complementarity», en ELGIE, R. (ed.), *The Changing French Political System*, Londres, Frank Cass, pp. 20-37.
- TIMMERMANN, BARBARA (1979): *Dokumente zum Eurokommunismus*, Frankfurt a.M., Verlag Moritz Diesterweg.
- TREGLIA, EMANUELE (2011): «Un partido en busca de identidad. La difícil trayectoria del eurocomunismo español», *Historia del Presente*, n.º 18, pp. 25-41.
- VAN HÜLLEN, RUDOLF (2008): «Transnational Cooperation of Post-Communist Parties», en BACKES, UWE y MOREAU, PATRICK (eds.): *Communist and Post-Communist Parties in Europe*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 463-482.
- VEGA, PEDRO y ERROTETA, PERU (1982): *Los herejes del PCE*, Barcelona, Planeta.
- VON MISES, LUDWIG (2009): *El socialismo. Análisis económico y sociológico*, Madrid, Unión Editorial.
- WALLER, MICHAEL (1989): *Les partis communistes ouest-européens à l'heure Gorbatchev* (Dossier documental n.º 608), París, La Documentation Française.
- YAGÜE, MARÍA EUGENIA (1977): *Santiago Carrillo. Perfil humano y político*, Madrid, Cambio 16.
- ZAGLADINE, V. (1977): *L'Europe et les communistes*, Moscú, Éditions du Progrès.

